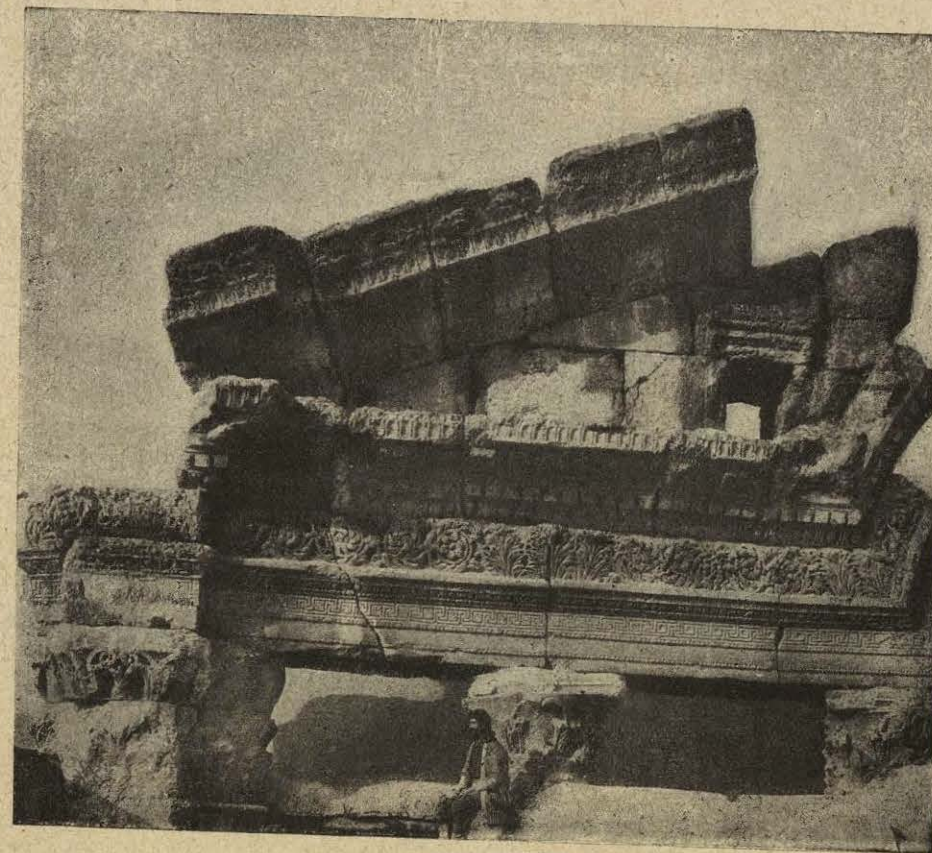


Europa, Helenos, Macedonios o Tracios. Estos inmigrantes, retenidos en sus campos o sus fortalezas, no fundaban familias adscriptas a la tierra: lo mismo que sus soberanos, no se naturalizaban; el «matrimonio de Europa y de Asia», que Alejandro había hecho celebrar simbólicamente en Babilonia, no había llegado a ser una realidad viviente. Del mismo modo los Cruzados, después, a pesar de sus batallas victoriosas y sus conquistas, no fueron jamás en sus reinos de Tierra Santa sino plantas desarraigadas. Cuando Roma, convertida en dueña de Grecia, hubo prohibido la exportación de los soldados, Siria, lo mismo que Egipto, se halló sin ejército, entregada de antemano a los procónsules¹. Les dejaba en herencia su gran ciudad de Antioquía, que, a lo menos, tenía su originalidad propia como crisol de nueva formación para todos los pueblos de Oriente.

Ptolomeo, en quien recayó la satrapía de Egipto después de la muerte de Alejandro, parece haber tenido una singular habilidad como adulator del clero, por cuyo medio quiso asegurarse la confianza del pueblo esclavizado. Su primer cuidado consistió en edificar templos absolutamente conformes al canon de la arquitectura religiosa. Cuando el misterio de los jeroglíficos era todavía ignorado de los viajeros europeos, éstos, no viendo absolutamente ninguna forma griega en los monumentos construídos por orden de Ptolomeo, se imaginaron que esos edificios eran puramente egipcios. Se necesitó la interpretación de las inscripciones para revelar que los templos de Edfu, de Esneh, de Denderah y de Philæ no tenían origen antiguo y que su constructor era el conquistador heleno, el rey mismo, cuya estatua arrodillada se veía presentando la Verdad a la diosa Pachi. Sin duda el nuevo rey no se dió la pena de profundizar el sentido preciso de los símbolos figurados en su nombre; le bastaba con hacerlos reproducir escrupulosamente y con abundancia. Pues a él y a los otros Ptolomeos debe Egipto el mayor número de los templos que le quedan. Si los Persas habían sido brutales e imprudentes destruyendo los edificios religiosos de

¹ Michelet, *Histoire romaine*, t. II, p. 59.



Cl. Bonfils.

FRONTÓN DE UN TEMPLO EN DAMASCO

los Egipcios, los Lagidas, por el contrario, procedieron con prudencia y consideración respecto a los vencidos.

Después de haber dado a sus súbditos amplia satisfacción religiosa, el primer Ptolomeo, representante del medio histórico, se ocupó de conciliarse sus compatriotas y compañeros los Griegos y los Macedonios. Se trataba de transformarles en Egipcios, conforme a su ejemplo, y de hacerles adorar los mismos dioses: nada más fácil, por otra parte, porque las personas divinas, fuerzas de la naturaleza, que deben su forma a la imaginación de los hombres, se modifican incesantemente y cambian de atributos, comparables a las nubes que se amontonan o se disuelven en el cielo. Dioses griegos y dioses egipcios se confundieron, lo mismo que precedentemente se habían unido o desdoblado tantos dioses solares, tantas diosas de las mieses o del amor. La gran divinidad que vió nacer Alejandría y a la que se elevó el templo más rico de la ciudad, se halló que reunía en sí



TEMPLO DE PHILAE

Cl. Bonfils.

el antiguo Phtah, el dios de Menfis, su representante de origen asiático, el buey Apis, después el gran Osiris, que era a la vez el Sol, el Nilo, la fecundidad de las tierras y al que se había asociado el misterioso Hades de los Griegos, que reina en las profundidades tenebrosas de la Tierra. Ese dios complejo y múltiple Osir-Napi o Serapis era suficientemente extensible para fundirse en lo sucesivo con tantos dioses nuevos, Mitra, Jesucristo, el Verbo, el Paraceto, que podían reclamar de ellos el misticismo o la filosofía: en esa vaguedad infinita el ser y el no ser tenían igualmente su lugar.

Es un hecho notable que Serapis resume en su inmensidad divina los tres grandes dioses, manifestación especial de una sola y misma divinidad, dueña de todas las cosas. Impotente para resentir la misma adoración por todos los dioses, el espíritu de la multitud les personificaba en tres jefes de grupo: en ellos se concentraba todo el fervor de fe que sube de los humanos. ¿No puede verse simbólicamente en esas tres personas de Serapis el dios del Cielo, el de la Tierra y el de los

Infiernos? ¿No se les puede también asimilar al Señor del Pasado, al Regulador del Presente y al Poseedor de los secretos del Porvenir? Siendo las concepciones de la Divinidad necesariamente flotante; como el sueño, sin límite alguno que los precisara, los atributos de la Trinidad egipcia se convirtieron fácilmente en los de la Trimurti hindia: Brahma, el Creador; Vichnú, el Conservador, y Siva, el Destructor. El carácter indeciso de las personas celestes, que de siglo en siglo y de pueblo en pueblo cambian de nombre y de atributos, debía facilitar, sea la reducción, sea la extensión de las «hipostasis» del dios único.



ANTINOE: AGUADOR Y LABRADOR CON SU AZADA AL HOMBRO

Grupo en tierra cocida que data del período romano.



ANTINOE: EL LABRADOR DE LOS CAMPOS

Grupo en tierra cocida.

Así fué como entre los Judíos antiguos se hallaba la divinidad naturalmente descompuesta en dos personajes, Yaveh y su pareja, adorado en el mismo templo; su mujer representada en los textos torturados del Antiguo Testamento por el Ruah, el Espíritu, del que se ha hecho también el Espíritu Santo. Del mismo modo, entre los Moabitas, el dios Kamoch, que ofrece tanta semejanza con el Yahveh de los Judíos, tenía a Astar Kamoch por diosa consorte. ¿No se ha unido después realmente, durante la evolución del

culto católico, y a pesar del dogma oficial, la Virgen Inmaculada, «Madre de Dios», en las oraciones de los fieles, a las tres personas de la Trinidad? ¿Y no ha venido a ser ella, además, para la mayoría de los que la invocan, la gran «Señora» por excelencia, la dominadora de los cielos, la que abre de par en par las Puertas de la Bienaventuranza eterna?

Precursores de aquellos soberanos constitucionales modernos que los políticos alaban por su habilidad, los Ptolomeos eran muy ingeniosos para adular al pueblo, pero se guardaban bien de dejarle la menor libertad. Ignoraban completamente esa organización espontánea de la urbe que había hecho la grandeza de



ANTINOE: BOYERO

Estatuilla en tierra cocida.

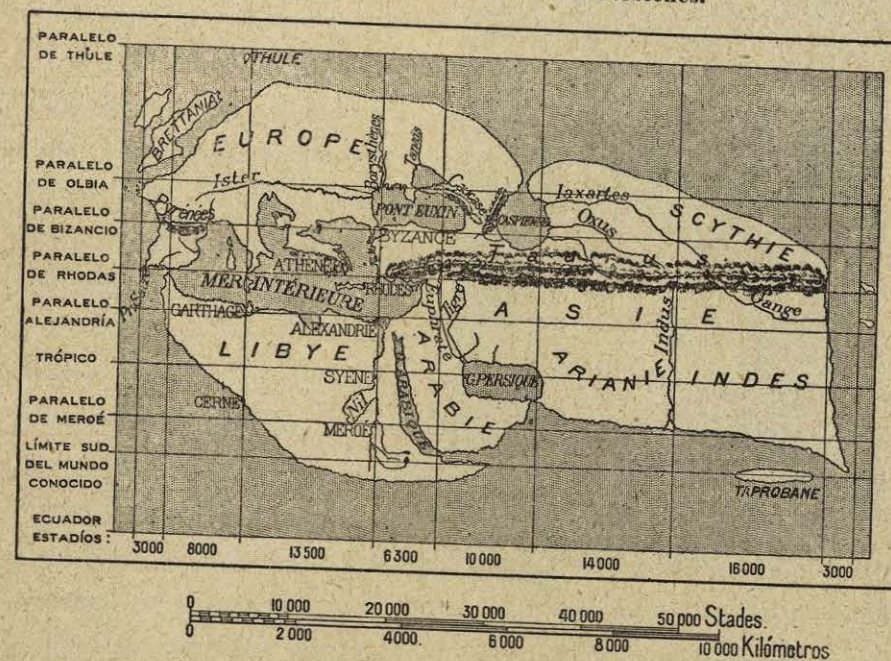
Grecia y que se había manifestado en cada ciudad por una asamblea en que se discutían los intereses comunes; la única sociedad deliberante que les fué preciso tolerar fué la de los soldados macedonios, que habían conservado, al menos teóricamente, el antiguo derecho nacional de elegir un nuevo rey y de juzgar los prisioneros de Estado; pero los Ptolomeos apartaron fácilmente ese peligro conservando en el ejército una estricta obediencia por el alistamiento de numerosísimos mercenarios bien pagados, que, a la menor señal, se hubieran lanzado al aniquilamiento de los rebeldes. La ciudad de Alejandría que, por la ciencia y la actividad intelectual, fué la heredera de Atenas, no tuvo como ella sus asambleas libres y sus oradores: se nos dice que fueron concedidos grandes «privilegios» a los habitantes, entre otros el de no ser golpeados sino con un palo, mientras que al populacho se le azotaba con el látigo, el encorvamiento hereditario bien conocido de los fe-

los que se había manifestado en cada ciudad por una asamblea en que se discutían los intereses comunes; la única sociedad deliberante que les fué preciso tolerar fué la de los soldados macedonios, que habían conservado, al menos teóricamente, el antiguo derecho nacional de elegir un nuevo rey y de juzgar los prisioneros de Estado; pero los Ptolomeos apartaron fácilmente ese peligro conservando en el

lláhin de nuestros días¹. En Egipto no hubo ciudadanos, sino súbditos ordenados en una sabia jerarquía. Los papiros de la época nos dan listas interminables de funcionarios que se dirigen mutua e indefinidamente actas y documentos en detrimento de la cosa pública.

La era de los Ptolomeos fué para Egipto un período de enriquecimiento extraordinario: Alejandría llegó a ser en realidad por el comercio el centro del mundo, y los Egipcios, que durante muchos siglos habían considerado el mar como una extensión maldita, como el reino de Tifón, se convirtieron en los

N.º 179. Mundo conocido de Eratóstenes.



El presente mapa es una reconstrucción del que Eratóstenes trazó del ecumeno mundial, establecido por medio de citas y críticas de Strabon, porque ni originales ni copia alguna de los dibujos geográficos anteriores a la era vulgar han llegado hasta nosotros; los trabajos gráficos de Hécate, de Dicearco, de Herodoto y de Anaximandro se han perdido, lo mismo que el texto con que Eratóstenes había acompañado su carta y el dibujo unido a la *Geografía* de Strabon.—Aunque Eratóstenes cometiera algunos grandes errores en las líneas y las distancias, lo cierto es que hasta el siglo XVII no se dibujó el Mediterráneo con mayor corrección.

dominadores del Mediterráneo oriental; hasta llegaron a dominar el mar Egeo: después de la anexión de Chipre y de la Cirenaica, después del tratado de estrecha alianza con Rodas, en cuyo honor el primer Ptolomeo se llamó el «Salvador», después de la destrucción de la flota de corsarios, Egipto llegó a ser, no sin numerosísimas dificultades por otra parte, la potencia

¹ J. P. Mahaffy, *The Empire of the Ptolemies*, p. 76 y siguientes.